

Suscriben:

En Murcia,
50 cts. al mes
Provincias,
8 reales tri-
mestre.
Pago adelan-
tado.

LA JUVENTUD LITERARIA

Se publica los Jueves y Domingos.

Anuncios.

Se reciben
en la Admini-
stracion de
este periódico
Comunica-
dos, á precios
médicos.

Año II.

Murcia 25 de Abril de 1889.

Núm. 35

Anuncio-tarjeta y periódico 4
reales al mes.
Número suelto 10 céntimos.

Redaccion y Administracion
APOSTOLES 11, BAJO.

Colaboradores todos los suscri-
tores.
La correspondencia al director.

LA UNIVERSAL

GRAN SALON DE PELUQUERIA DE
Francisco Hernandez.

bajo la Fonda Universal.
Plaza de San Bartolomé
TELÉFONO, 42.

Novedad en el arreglo y corte de la
barba y cabello. Lavados, duchas, pul-
verizaciones, con diferentes aguas y
perfumes. Limpieza esquisita sobre todo

La Juventud Literaria.

LA CIENCIA DEL SIGLO VII

No es necesario ser filósofo, his-
toriador ni jurisculto; basta cier-
tamente ser hombre estudioso y
pensador para reconocer que la
Providencia ha tenido á bien dejar ó
permitir en cada siglo sus tentacio-
nes y batallas, en cada día sus tem-
pestades y en cada época sus here-
jías.

Este cuadro solemne que se dibu-
ja y entona con colores de subido
temple en el paraíso terrenal, y que
desde entonces viene aumentando
sus tintas, claro-oscuro y perspec-
tivas, y así continuará hasta la con-
sumación de los siglos, nos ofrece al
mismo tiempo motivos de gratísimo
consuelo, de sentimientos purísimos
de gloria, prendas dulces de espe-
ranza y seguros fundamentos en
nuestras creencias.

Sensible era por demás el estado
de la Patria á fines del siglo sexto.
bajo cualquier punto de vista que se
le considere, y muy especialmente
en sus aspectos científico, culto y
literario. La historia nos ha legado
en tristes páginas la desolación cau-
sada al pueblo español por las hor-
das extranjeras que, invadiendo
nuestro suelo, alzaron en el trono á
los godos, que por desgracia eran

arrianos. Leovigildo declara á los
católicos una persecución cruel, lle-
gando en su furor hasta derramar
sangre de su propio hijo.

No hace al intento describir la
profanación de templos, el cautive-
rio de obispos, atropellados ó marti-
rizados, el lanzamiento de sus asilos
á las vírgenes del Señor... ni tam-
poco usar las reglas de sana crítica
para poner de manifiesto la insigne
falsedad de aquellos autores que de
estos dolorosísimos acontecimientos
han supuesto en sus escritos plegada
á errores la Iglesia de España. Sin
presentar consideraciones de género
alguno, sin aducir razones cientí-
ficas, basta fijarse en que en medio
de este cataclismo se dejan ver un
Toribio y Leponio, procurando fo-
mentar el espíritu religioso literario
en sus diócesis; un Avito y Balconio,
ilustrando las suyas con sus virtudes
y escritos, como igualmente un
Idacio y Bachiario que velan denoda-
damente por la pureza de las ideas
y sentimientos.

Pero bien pronto aparecerá una
nueva era de impulso vigoroso y de
feliz regeneración en las ciencias y
costumbres, disipando como esplén-
dido sol las turbulentas y densas
nubes del error é ignorancia que
fascinaban á los espíritus. Tal fué
San Isidoro, á quien hoy solemniza
el mundo católico y científico como
el gran Doctor de las Españas; non-
bre que está en todos los labios, en
los mármoles que informa, en las
estatuas que anima, en los templos
que simboliza y en los altares en
que se le venera como á preclaro
santo que todo lo instauró en su la-
bor científica á la mayor gloria y
exaltación del nombre de Cristo.
Sabio metropolitano y Padre de
nuestras aulas, de nuestras ciencias,
de nuestra cultura y civilización.
Por eso, y como preciada gloria,
insigne honor y decoroso ornamento
de la Patria, es y será siempre el

objeto singular del estudio é imi-
tacion, no sólo del Clero hispalense,
sino del español en general y de
todo el mundo docto. Tal es la gran
figura que se levantó en el siglo
VII; en cuyos días la Metrópoli de
Sevilla vió renacer en su recinto la
antigua fe; y los herejes que la inun-
daban, dóciles á las persuasiones de
este varón enciclopédico y prodigio-
so, adoran á Dios en espíritu y en
verdad.

Arzobispo de Sevilla en 601, por
muerte de su hermano San Lean-
dro, á quien se debe la conversión
de los godos al catolicismo en el
memorable concilio tercero de To-
ledo, se distinguió mucho por su
piedad evangélica, por su vasta eru-
dición, por la pureza de sus doctri-
nas, y sobre todo por el restableci-
miento de la disciplina en las igle-
sias, merced á los concilios que
mandó celebrar y en los que alcan-
zó lugar preeminente, sobresaliendo
en ellos de una manera notabilísi-
ma. La edición más moderna de
sus obras es la de Roma (1797
—1803, 7 vol. en 4.º); y si las con-
diciones de este artículo lo permitie-
sen, con el mayor gusto entraría-
mos en el examen crítico-legal de
las diez y ocho obras que escribió,
respirando todas amor á las ciencias;
y de paso las pondríamos á cubierto
de la saña de los que intentaron
despojarle de algunas muy reco-
mendables, descartando al mismo
tiempo las apócrifas que, por igno-
rancia ó mal entendida piedad, pa-
saron algunos siglos con el nombre
de San Isidoro. Sin embargo; apun-
taremos ligerísimas reflexiones so-
bre las más importantes, debidas á
su esclarecida y doctísima pluma. A
este intento traemos á la memoria
las siete obras que escribió sobre las
sagradas páginas: las Alegorías del
Antiguo y Nuevo Testamento, el
Nacimiento y muerte de los Padres,
los Proemios á los libros del Antiguo

